

reverberaciones del desierto, su hermosísima figura. Cáele de los hombres un manto como no han teñido ningún otro las múrices encontradas en los arenales de Sidón y de Tiro. Sobre trípodes talladas en colmillos de viejos elefantes descansan mesas hechas con árboles del Atlas. En platos de oro humean todos los más exquisitos alimentos que pueden dar los mares, los aires y las tierras. En esmeraldas vaciadas con arte brillan los vinos dulcificados al sol de Merú. Los convidados, vestidos todos á la usanza oriental y cargados con piedras preciosas que cuestan reinos y con perlas adquiridas en los combates y los triunfos marinos, llevan la frente coronada por nardos olorosísimos del Nilo y por bellas rosas de Alejandría, así como los cabellos destilando cinamomo que perfuma los aires y embriaga los sentidos. Entre tantas riquezas los citareros tañen, los siervos bailan, los sacerdotes cuentan el origen de la divinidad, los filósofos el origen de la tierra, el domador hace saltar al bruto feroz domesticado por su destreza, el astrólogo hace hablar á las estrellas revelando secretos de lo porvenir, muestra el fascinador la culebra ponzoñosa pendiente de su mirar, y el teúrgo, entre nubes de mirra é iluminaciones de colores, obra milagros, los cuales muestran cómo lo sobrenatural con sus virtudes mágicas obedece á la voz de

Cleopatra y se ilumina en el brillo y en el calor de sus ojos. Roma no había visto jamás un esplendor semejante; ni Pompeyo al combatir con Mitrídates, ni César al combatir con Juba, ni los viejos vencedores de Masinisa y de Iugurta se habían hallado nunca en palacios como aquellos de los Ptolomeos, henchidos con los tesoros naturales á tierra tal como el viejo Egipto y con los cuantiosísimos despojos de toda el Asia. César, cansado, entre tantos goces y placeres, de ver maravillas, de oír melodías, de gustar manjares delicadísimos, de sentir voluptuosidades no soñadas en el amor con Cleopatra, quiso nutrir con algo su inteligencia y propuso que le revelaran aquel secreto guardado tan avaramente por Africa, el secreto de las fuentes misteriosas que han fluído un río como aquel río singular; de las crecidas que llegan á punto, no en las primaveras cuando los demás ríos crecen por el deshielo, en los solsticios de verano, cuando tiene mayor sed la encendida tierra, secreto inquirido por Sesostri y por Cambises, no encontrado por ningún mortal, ni siquiera por el divino Alejandro.

En medio de tales fiestas llegó el rey, marido y hermano de Cleopatra, quien, al ver ésta en su trono resplandeciente, como una diosa en su altar hierático, declaró que le habían traicionado, pidiendo seguidamente la expulsión de aquella usurpado-

ra y la obediencia de César con palabras henchidas en su claro sentido y significación de apremiantes conminaciones. César comprendió entonces toda su temeridad al llegar con cuatro mil hombres á una ciudad populosa, que sumaba en su población trescientos mil ciudadanos, y que reunía en la guarnición de su radio y en los grupos destacados por las próximas cercanías más de veinte mil milites, en su mayor parte aguerridos y disciplinados pues muchos eran legionarios de Pompeyo, discípulos de Catón, viejos republicanos idos allí tras Farsalia en busca de refugio para sus vidas amenazadas y de consuelo para sus atribulados espíritus. Ni cuando conminaba con ardor á los marinos sublevados; ni cuando corría en débil esquite con zozobra entre los buques enemigos; ni cuando en Dirraquio desesperara de su fortuna y de su estrella, se vió César tan perdido como en el seno de la irritada y cruel Alejandría, asediado por enemigos que aullaban á una, en guisa de fieras hambrientas, y sin defensa válida contra tal insurrección. Lo que había en su genio de soldado ¡ah! debió recurrir á lo que había en su genio de diplomático. Así propuso medios de conciliación amistosa entre los hermanos y no se arrestó á ninguna temeridad inverosímil de aquellas que le habían valido las mejores victorias en los peores eventos. Ptolomeo,

débil de suyo, cediera de grado, conformándose con la cooportunidad forzosa de Cleopatra en el trono, que de mal grado recibida mientras César estuviese allí, podría revocarla en cuanto César se partiera. Mas en todo palacio asiático dominan é imperan los eunucos, acostumbrados á desquitarse de su impotencia, de su vergüenza, de su esclavitud, mandando sobre los reyes mismos que los degradaran. Y estos eunucos, reunidos en consejo, después de haber contado las fuerzas habidas á su disposición y visto la irremediable debilidad de César, propusieron unánimes con soberbia la entrega de Cleopatra. Imaginaos cómo había el dictador de permitir que la mujer á quien debía goce no gustados jamás cayera de sus manos imperiales en manos de los eunucos. Más le valiera entregarla como pasto á los leones y á los tigres hambrientos de las jaulas regias. Así negó la demanda y defendió con toda su autoridad á Cleopatra. Pero la defensa rayaba en suicidio dementísimo, por no haber á mano fuerzas militares con que sostenerla. Cleopatra tendió los brazos al cuello del dictador, diciéndole que moriría con él y á su lado. Tal grupo del general y de la gitana debía parecer el grupo de Venus y Marte griegos, perdidos en templos del Asia, entre laberintos de pilares enormes, legiones de colosos desmedidos, coros de divi-

nidades bestiales. El mundo asiático se levantó como por una fuerza extraña y sobrenatural, movido contra el César que le oprimía y la hechicera que lo traicionaba. Salían enemigos de todas partes, semejantes á los ratones en nave rota y encallada y á los gusanos en podrida sepultura. Alejandría toda se levantó en armas. El asedio al rincón de palacio donde César y Cleopatra se habían refugiado, resultó verdaderamente horroroso. Los cuatro mil cesarianos vendieron caras sus vidas y espiraron combatiendo. César vió la muerte frente á frente. Su rostro lívido no le aterró tanto por sí mismo, como por el mundo. En qué aprieto no se vería, cuando tuvo que lanzarse al agua con sus memorias en la mano siniestra, reducido á nadar, valiéndose tan sólo de la diestra. El incendio de Alejandría se asemejó mucho al incendio de Troya. La pez, la resina, los fuegos devastadores de sitio usados por los antiguos alimentaron las llamas voraces. Baste decir que ardió la biblioteca de Ptolomeo con sus cuatrocientos mil volúmenes. César hubiera perecido si alrededor del faro no superaran sus barcos la resistencia de los barcos egipcios y no viniera de Palestina y Siria un ejército guiado por Antipáter y compuesto de una población verdaderamente nómada, tan extraña y confusa como Alejandría.

Por fin César pudo volver á Cleopatra su trono, casándola con otro hermano menor, á fin de que nunca se vieran desconocidos ó vulnerados los antiguos usos del viejo Egipto y los antiguos timbres del trono alejandrino. Constreñido por los desafíos y retos de los últimos republicanos que se congregaban á la sombra del alma de Catón en Utica, César abandonó el Egipto, y se fué, aunque tardo y pesarosísimo, en busca de los postreros y más tenaces enemigos. Vuelto de Utica vencedor á Roma, vióse precisado también á dirigirse hacia España por los enemigos que comandaban los célebres y valerosos hijos de Pompeyo, con quienes mantuvo aquella guerra tan temible coronada por su victoria de Munda, en que no perdió, no, la vida, cual hubo de temer por algunos momentos, pero perdió algo más precioso que la vida, perdió casi la razón y la conciencia. Lo cierto es que aquel hombre de tanta madurez política, carácter puramente occidental si los había en Roma, cayó tras el estrecho comercio con Cleopatra en todas las molicias y en todas las corrupciones del vicio asiático. Sus triunfos reprodujeron las cenas babilónicas del palacio de los Ptolomeos. Para que la mujer sugestora de tales desvaríos pudiese admirar el espectáculo á su lado hízola ir al seno de la Ciudad Eterna y la colocó, demente, á su altura; ¿qué decimos á su

altura?, la colocó entre las divinidades mismas de su patria y de su raza. Muy escéptico César, no creía ni en los dioses helénicos ni en los dioses romanos. Las almas mayores del viejo mundo se habían apartado poco á poco del paganismo, y César no podía exentarse de un estado semejante ni eximirse de un tributo universal. Su mente parecía como vasto cementerio de los antiguos dioses. Pero una divinidad se había exceptuado por completo de tal común destino. Esta divinidad era Venus. Descendiente César del troyano Eneas é hijo Eneas de la diosa, ya puede comprenderse por qué razones genealógicas prestaba el dictador excepcionales homenajes á la hermosa madre de Cupido. Cuando para lisonjear al pueblo construyó un Foro magnífico, no lejos del Capitolio, al Norte de la prisión mamertina, con baños, aulas, basílicas, escuelas, construyó un templo allí consagrado á Venus. El templo de Jano tan sólo se levantaba entre los espacios espléndidos que componían el Foro de César y los espacios espléndidos que componían el Foro de Roma. ¡Qué pórticos, intercolumnios, bajos-relieves, frescos, estatuas! El agua corría por aquel sitio á torrentes, conducida desde los Apeninos en colosales acueductos y en fuentes maravillosas por las ninfas apiades coronadas, corría para salud, recreo y limpieza de todos. Pues allí alzó el templo

de Venus y dentro del templo colocó la estatua de Cleopatra. Algesilao había esculpido la diosa y Timomaco la Medea y el Ajax que se alzaban radiantes acompañando en el templo á la diosa. No se dice quién esculpió la efigie de Cleopatra, pero se dice que la tallaron en oro macizo. Después de haber puesto á la querida en el templo puso al caballo en el vestíbulo. La montura que le había servido en tantos combates quedó consagrada por su gratitud á la puerta del templo. Todas estas apotheosis, delirios del orgullo, consentidas por la viveza de los romanos siervos, en las cuales deificaba un déspota dictador, no sólo su persona, sino también sus vicios, muestran cómo los filtros propinados al general heroico de la Ciudad Eterna por su amante oriental se le subían á la cabeza y lo trastornaban, dándole vértigos de locura y propensiones de insania. Aunque los celos de César tenían muy recatada por necesidad á Cleopatra, no dejaba de verla en ciertas ocasiones algún que otro romano. Antonio la vió. Mas, ya fuera que lo dominasen por tal sazón las extraordinarias fascinaciones de Fulvia, ya fuera que temiese la ira de César, no levantó los ojos para mirarla y no dió indicio alguno de sospechar siquiera que tal reina debía corromper su vida y causar su muerte. Cicerón la vió también, pero no le agradó. Muy poco debía compren-

derse la hermosura fascinadora de Cleopatra entre los romanos, cuando ponían sobre sus gracias las gracias de mujeres que han pasado á la posteridad como adocenadas y vulgares. No fué con el sexo hermoso afortunado Cicerón. Terencia, su esposa, jamás lo estimó nunca en todo cuanto valía; la hermana de Clodio, que se prendara de sus talentos y de su oratoria, sin hallar correspondencia, le azuzó Catilina, el demagogo destinado á inquietar con sus terribles asonadas el Gobierno suyo, y luego le azuzó todos los demagogos de la ciudad, que concluyeron por proscribirlo vergonzosamente; Fulvia le hizo tales entrañas contraer á su Antonio, que no paró el brutal triunviro hasta descabezarlo; Cleopatra no gustó de Cicerón cuando lo viera en Roma ni Cicerón de Cleopatra. Desde la batalla de Farsalia y de Dirraquio hasta la muerte de César en el Senado Cleopatra dos veces había ido á Roma. Pues bien, siempre que Cicerón topa con su recuerdo en las cartas familiares le dirige saetas agudísimas emponzoñadas en el más acerbo sarcasmo. Parece que le había pedido en una de sus visitas el gran orador ciertos volúmenes ó rollos de las bibliotecas alejandrinas, y Cleopatra, después de ofrecérselos, no se los enviara jamás. De aquí su ira, mostrada en varios pasajes. Lo cierto es que la reina se hallaba en Roma el día de los Idus de

Marzo, en que mataron á César. Y como Atico le contara su brusca partida, Cicerón se huelga mucho con ella. Pero la reina comprendió mejor la situación de Roma que su gran orador y consumado político. Ella no creyó que renaciese, como lo creyó Cicerón, la muerta libertad. Y viendo que desaparecía el dictador César se abrazó al pretoriano Antonio.

La presencia de Cleopatra en Roma determinó los afectos ambiciosos y las ideas utópicas por largo tiempo hirvientes en su corazón y en su inteligencia. El amor á la tierra natal, y á los dioses lares, y á la familia propia, suele centuplicarse al abordar el suelo extraño. Cleopatra, que absorbiera por todos los poros de su alma aquellas ideas de sincretismo alejandrino, cuyo conjunto formaba como una especie de intelectual atmósfera, creíase á sí misma producto de dos civilizaciones tan seculares como la civilización oriental y la civilización helena, condensación de dos almas tan vivaces como el alma de Asia y el alma de Grecia. Imaginaos el menosprecio con que desde las alturas hieráticas de una tradición perdurable, casi eterna, contemplaría ella los rudos romanos nacidos ayer, apenas criados, pobres discípulos y pálidos imitadores de Grecia, bárbaros por naturaleza y vencedores tan sólo por los caprichos de la fortuna y

por los empeños de la fuerza. La historia egipcia ya estaba perdida casi en su tiempo. El desierto se habia tragado, no solo á Menfis, la más vieja y más sacra ciudad histórica del Egipto, sino tambien á Tebas, montón de ruinas donde anidaban las aves rapaces y tenían sus madrigueras los brutos carniceros. Aunque habian pasado treinta dinastías, que duraron cuatro mil años, por aquel su trono, atendida completamente Cleopatra en sus propios saberes á lo que decían del Egipto los filósofos é historiadores helénicos, no sospechaba siquiera cuánto suponían aquella Menfis, especie de abuela hierática y guardadora fiel de las más primitivas ideas egipcias; aquella Tebas, alzada más al Mediodía, cuyo recinto iba poco á poco dominando el desierto y atrayéndose las razas etiópicas y nubias; aquella Sais ya más al Norte y más atenta de suyo al río creador que fecunda y anima los arenales cuasi metálicos de Libia. El egipcio con sus ideas respecto de la muerte y de la supervivencia eternal no sabía cosa del tiempo, perdido por completo en el océano de la eternidad. Esos ríos, compuestos de días y de años, que nosotros llamamos siglos, no entraban en su mente. Apenas el egipcio, destinado á darnos la numeración por medio de los árabes, apenas conocía el arte de contar. Adscritos á su monarquía, iban dividiendo las épo-

cas y sus fases por la vida tan sólo de sus monarcas. Éstos pasaban por divinos. Los predecesores de Cleopatra gozaron todos ellos de un carácter sacerdotal que les permitió divinizarse á sí mismos. El rey venía de los dioses por su nacimiento y se iba con los dioses á su muerte. Una mujer como Cleopatra, descendiente de todas estas dinastías prehistóricas, anegada por todas partes en la eternidad, sobre un trono cuyas gradas formaban innumerables ataúdes llenas de sacratísimos recuerdos, coronada por una diadema en que resplandecían piedras arrancadas á la diadema de los dioses, creyendo ante aquel prosaico positivismo de los romanos en el poder de su magia y de su teúrgia, descendiente de tres genealogías tan ilustres como la genealogía de los Faraones y la genealogía de los Psamméticos y la genealogía de los Ptolomeos, debía creer que no estaba el mundo por los cielos destinado á presa de la vil espada latina, sino de la idea sobrenatural, de la inspiración teológica, de la incomparable antigüedad secular, de la fuerza que hay en el misterio y en el milagro, de todas las maravillas por su persona y por su estirpe reunidas en el santuario de Alejandría. Nada, pues, tan propio y natural de su índole aventurera como el pensamiento que llenó toda su alma y que determinó toda su vida, el pensamiento de sustituir á

Roma con Alejandría. Casualmente había llegado á la Ciudad Eterna en tiempos admirablemente calificados por Tácito, cuando consideraba que, tras perder los romanos aquellas aptitudes necesarias para el ejercicio de la libertad, no adquirirían resignación y conformidad con la obediencia y con la servidumbre.

Cleopatra debía naturalmente acariciar la idea de infundir en los romanos, anhelosos por aquel entonces de servir y obedecer, los extraños sentimientos sobre cuya base habían alzado los Farao-nes y sus descendientes y herederos tan extraordinaria y grande autoridad. En comparación de los edificios erigidos por Egipto parecían juguetes los edificios erigidos por Roma. No había en la Ciudad Eterna entonces monolito ninguno arrancado á los fundamentos del planeta y esculpido con profundos entallamientos que guardaban misteriosas leyendas en sus intrincados jeroglíficos. Los palacios, los cuarteles, los templos del Egipto parecían montañas, no por su elevación, por su estabilidad, solidez y volumen. Una ciudad egipcia se asemejaba de suyo á extensa cordillera, como si la hubiesen hecho las fuerzas del universo, perdurables é intensísimas, y no las débiles fuerzas del hombre. Pues todas aquellas ciudades, llenas de maravillas, las al- zaban y construían pobres jornaleros, congregados

por las levas y constreñidos al trabajo y á sus cór-veas por el hierro que les ligaba los pies y el látigo que les mordía las espaldas. A Cleopatra debía parecerle un sueño ridículo el esfuerzo de César, su amante, por conquistar el mundo, y después de conquistado retenerlo en su poder, cuando no podía medirse con los colosos del desierto ni consagrarse en los templos complicados y laberínticos del Nilo, y no tenía por estirpe aquellas familias divinas entroncadas con los dioses eternos, y por origen aquellas leyendas escritas con astros en el azul de los cielos y con jeroglíficos en las piedras del santuario. Un imperio debía tallarse por manos misteriosas en el pórvido egipcio; un emperador debía tener la estatura del coloso de Mennón en Tebas; el despotismo necesitaba los sacerdocios inmóviles y respetados y las castas y las corporaciones sociales heredadas, los ejércitos de simbólicos animales que llevaran desde Osiris hasta Sesostris los reyes del Egipto en sus combates, las raíces de tumbas arraigadas en las entrañas del planeta que tenía su trono, el revelado libro de los muertos como certificación á sus títulos, un pueblo devoto y de rodillas, la ofrenda eterna, la unión del panteísmo asiático y el politeísmo heleno como teología, la esfinge por guardia de su cuerpo, el amuleto como seguro medio de fascinación y poderío, el augurio en sus labios, la